



S. ROMUALDO ABAD.

es necesaria. Despierta ya de ese fatal letargo con que has vivido hasta aquí en el negocio de tu salvacion. Ten un rato de conversacion sobre este punto, ó con tu confesor, ó con algun otro sugeto de tu confianza. Si se consulta con hombres hábiles un negocio temporal; ¿el negocio de la eternidad, el negocio de la salvacion, no merecerá siquiera aquel mismo cuidado que se aplica á un negocio de ninguna importancia? ¿Es posible que los hijos del siglo han de ser siempre mas hábiles, y mas prudentes en sus negocios que los hijos de la luz?

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

SAN ROMUALDO, abad, fundador de los monges Camaldulenses, cuyo glorioso tránsito se celebra el dia 19 de junio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN AUGULO, obispo, en Augusta de Bretaña (Londres), que acabando la carrera de su vida por el martirio, mereció el premio de la vida eterna.

SAN ADAUCO, mártir, noble italiano, en Frigia, el cual habiendo sido ensalzado por los Emperadores Romanos casi á todas las dignidades, siendo últimamente tesorero general, por defender la fe católica, alcanzó la corona del martirio.

LA FESTIVIDAD DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, vecinos todos de una misma ciudad, en el mismo dia, cuyo adalid era el mismo Adauco; los cuales siendo cristianos, y perseverando constantemente en la confesion de la fe, fueron quemados por orden del emperador Galero Máximiano.

SAN TEODORO, capitan de soldados, en Heraclea, quien siendo emperador Licinio, despues de muchos tormentos vencidos fué degollado, y voló victorioso al cielo.

SAN MOISÉS, venerable obispo, en Egipto, el cual primero vivió solitario en el desierto, y despues consagrado obispo á instancia de Mauvia, reina de los Sarracenos, convirtió á la fe católica una gran parte de aquella gente feroz, y glorioso en merecimientos, murió santamente.

EL TRÁNSITO DE SAN RICARDO, rey de Inglaterra, en Luca, en Toscana.

SANTA JULIANA, viuda, en Bolonia.

SAN ROMUALDO, ABAD, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LOS CAMALDULENSES.

NACIÓ S. Romualdo en Ravena por los años de 916. Era su casa ducal; y aun en su tiempo se dejaba distinguir con mu-

cho lustre entre la principal nobleza de Italia. Como criado nuestro Romualdo entre las delicias de una casa opulenta, fácilmente se estrelló contra los ordinarios escollos de la juventud. Al regalo, y á la ociosidad se siguió bien presto la disolucion. Iba á precipitarse en la perdicion arrastrado del amor á los deleites, é impelido con la fuerza del mal ejemplo, cuando la Providencia le detuvo en medio del precipicio, y queriendo formar de él un modelo de santidad, se sirvió de un caso bien funesto para el logro de sus altos designios.

Sergio, padre de Romualdo, hombre ambicioso y violento tuvo cierta diferencia con un deudo suyo, que quiso terminar por las bárbaras leyes del duelo. Desafió á su contrario, y llevó por segundo á su mismo hijo. Cayó muerto el pariente á manos de Sergio, y á vista de Romualdo, quien quedó tan pesaroso del suceso, aunque no habia tenido en él mas parte que una asistencia involuntaria, que se resolvió á hacer dolorosa penitencia de este delito.

Retiróse al monasterio de S. Apolinario de Clase, á una lengua de Ravena, donde por espacio de cuarenta dias se entregó á varios ejercicios de mortificacion en satisfaccion de sus pecados. A los principios no fué su intencion permanecer en aquel retiro por mas tiempo; pero la providencia del Señor lo ordenó de otra manera.

Conversaba familiarmente Romualdo con un religioso lego, hombre devoto y sencillo, quien le representaba un dia el peligro que corria su salvacion si volvía á engolfarse en el borrascoso mar del mundo; y como no ganase terreno hácia el fin que deseaba en aquel corazon ocupado todavía de las vanidades, y pensamientos mundanos, le dijo de repente con su simplicidad acostumbrada: *¿Qué me darías tú si te hiciese ver clara, y distintamente con los ojos del cuerpo á nuestro buen patrono S. Apolinario? Sorprendido Romualdo al oír una proposicion tan no esperada: Yo te juro, le respondió, que como lo hagas, al punto me meto fraile. Pues has de velar toda esta noche conmigo en la iglesia,* le replicó el piadoso lego. Consintió Romualdo, y estando los dos en oracion hácia la media noche, vió de repente á S. Apolinario vestido de pontifical, cercado de resplandores, que con un incensario en la mano iba incensando todos los altares de la iglesia, y concluida esta religiosa funcion desapareció. Quedó atónito Romualdo, y sintiendo en el mismo punto trocado su corazon, se postró delante del altar de la Santísima Virgen, y todo deshecho en lágrimas prometió hacerse religioso. Así refiere esta historia el bienaventurado S. Pedro Dámiano.

Apenas amaneció, cuando Romualdo pidió con instancia el hábito monástico en pleno capítulo: los monges, que tenían bien conocido el genio de su padre, no se atrevieron á recibirle desde luego, temiendo alguna violencia; pero al cabo venció su perseverancia.

A los veinte años de su edad abrazó la regla de S. Benito. Comenzó no á correr, sino á volar por el camino de la perfeccion. Los mas ancianos se admiraban al ver su humildad, su obediencia, su mortificacion, su devocion fervorosa. No contaba mas que tres años de monge, y ya parecia varon consumado en la vida espiritual; pero el ardiente celo que mostró por la observancia de algunas reglas, que habia como abrogado la relajacion, le hizo odioso á los tibios, y á los imperfectos. Mirábanle como á reformador importuno, y pasó tan adelante la persecucion, que se vió precisado á buscar en otra parte asilo mas seguro á su fervor, y á su celo.

Retiróse con licencia de sus superiores á una soledad de los estados de Venecia, donde vivía un ermitaño llamado Marino; cuyo genio rígido, severo, y no el mas prudente, le ofreció abundante materia para contentar su humildad, y para satisfacer el ardiente deseo que tenía de hacer penitencia.

Rezaba todos los dias el Salterio en compañía de su nuevo director: á los principios erraba casi todos los versos, y Marino para corregirle, le daba un golpe con una vara en la oreja izquierda. Sufriólo Romualdo por mucho tiempo sin hablar palabra, hasta que un dia le dijo con mucha humildad: *que si le parecía podría en adelante castigarle en la otra oreja, porque iba perdiendo el oído de ésta.* Admiróse Marino viendo la paciencia de su discípulo; y en lo sucesivo le trató con menos severidad.

Por este tiempo vino á buscar á nuestro Santo Pedro Urseolo, duque de Venecia; y por su consejo se resolvió á renunciar aquella dignidad, que habia usurpado, teniendo alguna parte en el asesinato de Candiano su predecesor. Habiendo, pues, salido secretamente de Venecia en compañía de Gradenigo su íntimo amigo, se juntaron con Romualdo, y con Marino, y en virtud de lo que anteriormente habian conferenciado, todos cuatro se embarcaron para Cataluña, y aportando á ella, se dirigieron al monasterio de S. Miguel de Cusan. Por disposicion de Romualdo y de Marino, se quedaron en él Urseolo, y Gradenigo, bajo la disciplina de Guerino, abad del mismo monasterio; y los dos se retiraron á un desierto, no distante de la abadía, donde en poco tiempo concurrieron muchas personas de-

seosas de servir á Dios en aquella soledad. Vióse precisado Romualdo (á quien ya miraba Marino como á maestro) á encargarse de su gobierno, sacrificando la repugnancia que tenia á mandar. Pero solo se sirvió de la autoridad de superior para satisfacer el ardiente deseo que tenia de hacer una vida mas penitente, y mas mortificada. Al perpetuo retiro juntó el ayuno mas riguroso: dormia poco, y el tiempo que no empleaba en la oracion, le dedicaba á la leccion de libros espirituales, y al trabajo manual.

El cuidado que tenia de moderar en los otros las demasías en la penitencia, daba bien á entender que solamente era austero para consigo mismo. Era muy celoso de la disciplina regular; pero su celo iba siempre acompañado de prudencia, y de discrecion. Mientras él se aplicaba á imitar las mayores penitencias de los solitarios de Oriente, cuyas vidas leia continuamente, tenia gran cuidado de que su ejemplo no moviese á sus súbditos á imprudentes escesos, ó demasías. Pero todas sus grandes penitencias no bastaron á librarle de molestísimas tentaciones, que le dieron bien que padecer en aquella soledad. Ejercitáronle mucho los demonios, aunque todos sus esfuerzos solo sirvieron de materia á nuevos triunfos, de crisol á su pureza, y de perfeccion á su virtud.

Ocupado Romualdo en estos ejercicios, supo que Sergio su padre, á quien Dios habia dispensado la singular gracia de sacarle del mundo, y traerle á la religion, rendido á las sugerencias del enemigo, estaba resuelto á dejar la religion para volverse al mundo. Al punto dejó su soledad, voló á Italia; y de tal manera supo manejar aquel genio terco, duro, é inconstante, que habiéndole confirmado en la vocacion, tuvo el consuelo de verle morir penitente, y muy arrepentido de sus culpas.

Luego que se supo en Italia que Romualdo estaba en ella, acudieron á él de todas partes muchas personas para entregarse á su direccion, y gobierno. Fueron tantas, que se vió precisado á fundar muchos monasterios; y á él le obligaron á encargarse del gobierno del de Bañi, no lejos de la ciudad de Sasina. Entabló una observancia tan exacta, que haciéndose intolerable á muchos monges imperfectos, y no pudiendo sufrir las mudas, pero eficaces reprensiones que les daba el ejemplo de su abad, no pararon hasta arrojarle torpemente del monasterio. Sintió tanto Romualdo este indigno tratamiento, que resolvió no mezclarse mas en el cuidado de la salvacion de los otros, y atender únicamente en adelante al cuidado de la propia. Mas Dios le dió á entender, que este disgusto era amor propio, y que era tenta-

cion lo que parecia virtud; pues este era justamente el lazo que el diablo le habia armado con aquellas inquietudes.

Mientras tanto se retiró al lago de Comaquo; y de aquí pasó á un montecillo en las faldas del Apenino, y desde él se fué á esconder en la isleta de Perea. Pero eran inútiles las diligencias, que hacia para ocultarse; porque en todas partes le perseguia la multitud de los que con ansia le buscaban. Fué menester toda la autoridad del emperador Oton III, y un precepto formal, y espreso del arzobispo de Ravena, para que se rindiese á las eficaces súplicas de los religiosos del monasterio de Clase, que le habian nombrado por su abad. Pero apenas quiso restituir á su debido lugar la disciplina monástica, cuando se arrepintieron los mismos que le habian elegido, y al cabo le obligaron á renunciar el empleo.

Al mismo tiempo que sus discípulos se resistian á sus saludables instrucciones, no queriendo aprovecharse de sus consejos, hacia en otros conversiones portentosas. El conde Oliván, movido de las palabras de Romualdo, dejó el mundo, y tomó la cogulla de S. Benito en el monasterio del monte Casino. Un señor aleman, llamado Tham, siguió el ejemplo del conde. Habiéndose desgraciado la ciudad de Tivoli con el emperador, reconcilió á los vasallos con el soberano; y habiendo éste quitado la vida al senador Crescencio, violando la fe de su palabra imperial, le obligó á ir á pié y descalzo desde Roma á la iglesia de S. Miguel en el monte Gargano, haciendo pública penitencia, y dando ejemplar satisfaccion de su pecado.

Retiróse S. Romualdo á Parenzo, en la provincia de Istria, donde fundó un monasterio, y nombró un abad de su satisfaccion que le gobernase. Despues se reclusó por espacio de tres años; y en este largo encerramiento enriqueció el Señor aquel fervoroso espíritu con nuevas abundantes gracias. Dióle una perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura, comunicóle el don de profecia, y le añadió el de lágrimas tan copiosas, que se vió precisado á no decir misa en público.

Todo abrasado en el purísimo fuego del amor divino se le oia exclamar muchas veces cada dia: ¡O mi dulce Jesus! ¡O Dios de mi corazón! ¡O amable Salvador mio! ¡O dulzura inefable de los Santos! ¡O delicias de las almas puras! ¡O dulce Jesus! objeto, y fin de todos mis deseos.

Pero al fin fué preciso dejar aquella dulce soledad por ir á fundar un monasterio en Orvieto. Aquí tuvo noticia del glorioso martirio de su amado discípulo S. Bonifacio, apóstol de Rusia; y encendido en el ardiente deseo de derramar su sangre por amor

de Jesucristo, resolvió pasar á Hungría. Ya tenia la bendicion, y aun la mision del Sumo Pontífice, cuando Dios que le preparaba otro género de martirio menos sangriento, pero no menos cruel, y que le tenia destinado para fundador de una nueva familia religiosa en su santa Iglesia, permitió que cayese malo en el camino, y que por este accidente se volviese al monasterio de Orvieto. Pero como no le dejasen respirar los muchos, que cada dia le buscaban, se retiró secretamente á un monasterio colocado en la cima del monte Sitria. Aquí fué donde padeció la mas horrible calumnia, que podia atreverse á su venerable ancianidad, sufriendola por espacio de seis meses sin despegar sus labios, ni tomar otra satisfaccion, que de sí mismo en la mas rigurosa penitencia; y durante este penoso ejercicio de paciencia y de humildad compuso una esposicion de los Salmos, que se guarda hoy en la Camaldula, escrita de su mano.

Verdaderamente causa admiracion que un solo hombre pudiese hacer tantas fundaciones. Pero la mas célebre de todas fué la que hizo en Camalduli de la Toscana, sitio famoso en los valles de Apenino. Aquella vehemente inclinacion que tenia á la soledad le movió á poner los ojos en este desierto. Quedóse un dia dormido cerca de una fuente, y vió en sueños una escala, que fijando en la tierra llegaba con la parte superior al cielo, y reparó que sus religiosos, vestidos de blanco, iban subiendo por ella. Despertó el Santo, y no creyendo que el sueño fuese sin misterio, escogió á algunos de los discípulos suyos mas fervorosos; y les dió el hábito blanco con nuevas constituciones. Este fué el principio de la religion camaldulense, que mas ha de seiscientos años florece en el campo del Señor, y conserva el dia de hoy todo el fervor de aquel primitivo espíritu que recibió de su santo fundador, y ha dado tantos Santos á la Iglesia.

Sintiendo Romualdo que se iba acercando ya el dia de su dichoso tránsito, se retiró á su monasterio de Valdecastro, donde veinte años antes habia pronosticado que habia de morir. Allí fabricó una celdilla con un oratorio para encerrarse en ella, y guardar silencio hasta la muerte. Y aunque cada dia iban creciendo sus achaques, no por eso se acostó en mas cama que en el duro suelo, ni se dispensó en sus ayunos y demás penitencias ordinarias. En fin, sabiendo que era ya llegado el dia en que el Señor le queria premiar tantos trabajos, mandó salir de la celda á los dos monges que le asistian, con orden de que no volviesen á entrar hasta el dia siguiente. Conociendo lo que podia ser, le obedecieron con violencia; pero se quedaron

á la puerta de la misma celda para observar lo que pasaba. Gastó el Santo algun tiempo en oraciones vocales; pero como los monges no le oyesen prorumpir en sus acostumbrados actos de amor de Dios, ni en sus ordinarios suspiros, entraron en la celdilla, y hallaron que acababa de espirar. Murió, como afirma S. Pedro Damiano, que escribió su vida quince años despues de su dichoso tránsito, á los ochenta años de su edad. Fueron tantos los milagros que obró así en vida como despues de su muerte, que creciendo en todas partes la opinion de su santidad, obtuvieron sus monges licencia del Papa para erigir un altar sobre su sepultura á los cinco años despues que murió. Hallóse el santo cuerpo casi tan sano y tan entero como el mismo dia que le habian enterrado. El año de 1032 se celebró solemnemente su fiesta con autoridad de la santa Sede el dia 19 de junio, que era el de su tránsito. El de 1466 cuatrocientos y treinta y cuatro años despues de la primera traslacion, se volvió á hallar entero el santo cuerpo. Pero como su fiesta concurría con la de los Santos Gervasio y Protasio, el papa Clemente VIII la fijó al dia 7 de febrero, que fué el de la referida primera traslacion.

SAN RICARDO, REY EN INGLATERRA.

Fué un príncipe inglés en el reino de los Westsexos; y se vió privado acaso de su herencia por algunas revoluciones en sus estados; ó bien les renunció él mismo, por quedar mas libre para dedicarse enteramente á buscar la perfeccion cristiana. Sus tres hijos Winebaldo, Willibaldo, y Warburga, fueron todos honrados como santos. Tomando consigo á sus dos hijos emprendió una peregrinacion de devocion y penitencia, y embarcándose en Hamble-haven, desembarcó en Neustria, sobre las costas occidentales de Francia. Mucho tiempo permaneció en Ruan, y cumplió sus devociones en los mas de los santos lugares que hay por aquella parte de Francia. Habiendo llegado á Luca en Italia, caminando para Roma, murió de repente en aquella ciudad en el año de 722 y fué enterrado en ella en la iglesia de S. Fridian. En el mismo lugar se veneran en este dia sus reliquias; y se guarda en Luca su festividad con una devocion grande. S. Ricardo cuando vivía obtuvo por sus oraciones la restauracion de la salud de su hijo menor Willibaldo, á quien puso aquel santo príncipe á los pies de un crucifijo grande erigido en un sitio público de Inglaterra, cuando perdió este niño la vida en una enfermedad mas grave; y desde el punto de su muerte han experimentado muchos el poder milagroso de su intercesion con Dios especialmente en el lugar donde

convidan á los fieles sus venerables reliquias. En el dia 7 de febrero se guarda en Luca su festividad, y en el mismo se hace conmemoracion de él en el Martirologio Romano. Véase la vida de S. Villibaldo por su prima, monja de Heidenheim, en las *Leciones antiguas* de Canisio, con las notas de Basnage. Henschenio, Febr. t. 2. p. 70.

SAN NIVARDO, CONFESOR.

SAN Nivardo uno de los mas decorosos ornamentos de la reforma del Cister, tan celebrado en España por su prodigiosa vida, como por la fundacion del monasterio de S. Pedro de la Espina sito en Castilla la Vieja, nació en la reducida poblacion de Fontaines provincia de Borgoña, y obispado de Langres, de la que eran señores sus padres Tescelino y Aletha personas ilustres por su nacimiento, pero mucho mas por su piedad. Concedióles el cielo siete hijos, seis varones, y una hembra, de los cuales era el menor Nivardo á quien como á los demás criaron los religiosos padres sobre el sólido principio del santo temor de Dios, y fomentando con sus celosas exhortaciones y con sus edificantes ejemplos las buenas inclinaciones del ilustre niño, añadió mucho esplendor á su hereditaria nobleza con sus heroicas virtudes.

Era hermano de nuestro Santo S. Bernardo uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de Francia, quien habiendo elegido para conservar su inocencia la nueva reforma del Cister, que fundó poco antes el bienaventurado Roberto abad de Molesme, llevó consigo á treinta nobles caballeros que conquistó para Jesucristo, y entre ellos á sus cinco hermanos, que antes habian sido los mayores opositores á su noble designio. Tomaron todos la bendicion de su padre antes de partirse al monasterio, y al tiempo de despedirse dijo á Nivardo Guido que era el primogénito: *Ea hermano, para tí solo quedan todas vuestras herencias*; pero entendido el ilustre jóven de la resolucion de sus hermanos, no otra que la de dedicarse al servicio del Señor con un desprecio total del mundo, le respondió no como niño, sino como un varon maduro: *Esta division no es igual, pues elegís el cielo para vosotros, y dejáis para mí la tierra*. Ausentáronse aquellos á satisfacer su buen propósito, y creyéndose Nivardo no menos obligado á trabajar eficazmente en el importantísimo negocio de su eterna salvacion, los siguió en breve tiempo, sin que pudieran detenerlo las lágrimas de sus padres, ni los ruegos de sus parientes y sus amigos. Las pruebas con que acreditó el ilustre jóven su vocacion ya constituido en el Cister, y el fervor con que emprendió la carrera religio-

sa, manifestaron desde luego que aunque era el menor de todos los hermanos en los años, no lo era en la virtud. En efecto el infatigable anhelo con que solicitaba aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion, hizo concebir á todos los munges mas seguras esperanzas, de que en Nivardo habia de tener la reforma un grande Santo, y que sin duda seria con el tiempo uno de sus mas brillantes ornamentos: cuyo vaticinio se verificó puntualmente en los rápidos progresos que hizo del ilustre jóven llamado para cosas grandes.

Solicitó de S. Bernardo Sancha, hermana de Alfonso VII, rey de Castilla, la remision de algunos religiosos de Clarabal para establecer en España la reforma del Cister, ofreciéndose á erigir á sus espensas un monasterio segun el espíritu del santo instituto. Agradó al santo Padre una peticion tan piadosa, y conociendo la eminente virtud, y el fervoroso celo de su hermano Nivardo, lo envió en clase de superior con otros célebres monges á satisfacer los deseos de la infanta. Llegó la ilustre comitiva á Castilla, y habiéndolos recibido benignamente Sancha, les concedió la heredad de la Espina con otros muchos predios pertenecientes á ella para que fundáran el monasterio ofrecido. Confirmó el rey Alonso la donacion no menos afecto á la reforma que su hermana, y dando principio Nivardo sin pérdida de tiempo á la santa empresa, concluyó en muy breve tiempo aquella ilustre casa que intituló de S. Pedro de la Espina.

Finalizada la fábrica material del monasterio se dedicó el ilustre abad á que floreciese en él la estrecha regular observancia de la reforma del Cister: y con efecto lo consiguió á espensas de su infatigable celo. No se valió el Santo para este logro solo de simples exhortaciones: su fervor y su ejemplo eran las lecciones mas eficaces que daba á sus monges, y notando éstos que su superior era el primero que iba siempre delante en los ejercicios de la vida regular, se encendian en vivísimos deseos de perfeccionarse, teniendo á la vista un modelo acabado de todas las virtudes religiosas. Era tan admirado por su prudencia, por su suavidad y por su vigilancia en el gobierno, como por su eminente santidad; y hecho por lo mismo dueño del corazon y de la veneracion de sus súbditos, hizo que toda su comunidad fuese el objeto de los mas altos elogios de Castilla.

No se estrechaba dentro de los muros del monasterio el ardiente fuego y el apostólico celo del insigne abad: salia con frecuencia á ilustrar con la luz de su celestial doctrina á toda aquella region, en la que hizo prodigiosas conversiones de grandes pecadores, y separado á no pocos de los peligros del mundo, tuvo el consuelo

de que se dedicasen al servicio del Señor en la clausura, y que recomendasen la santidad de su reforma del Cister con su penitente y con su religiosa vida.

Supo S. Bernardo los progresos que hacia su hermano en el monasterio de S. Pedro de la Espina: y congratulándose de ellos con la infanta Sancha, la rogó encarecidamente que interpusiese toda su reputacion y toda su autoridad para que permaneciese aquella ilustre casa en el buen orden que en ella estableció Nivardo, puesto que aquella célebre ereccion era debida á su piedad.

Ocurrió en aquel tiempo cierta reñida controversia entre el abad de Carrazedo y los monges del monasterio de Toldanos sito en el reino de Leon. Habia fundado éste la infanta Geloira bajo la regla de S. Benito agregándolo al de Carrazedo; pero habiendo abrazado aquél la reforma del Cister, se separó del de Carrazedo. Reclamó el abad la desmembracion, y habiendo apelado á la autoridad de Sancha para que se restituyesen aquellos monges á su obediencia, nombró la infanta á Nivardo á fin de que pasase á Toldanos, y se informase así de la intencion de los monges, como de la autoridad con que habian hecho su traslacion de la reforma. Evacuó el Santo la comision con aquella prudencia que exigia un negocio de tal momento; pero no queriendo resolver por sí, persuadió á Sancha que escribiesen de comun acuerdo todo lo ocurrido á su hermano Bernardo, para que diese su dictámen en semejante controversia. Hiciéronlo así bajo el concepto que las resoluciones del santo Doctor eran veneradas como las de un celestial oráculo. Contestó S. Bernardo con su acostumbrada sabiduría á la consulta, si bien celoso de omitir todo motivo de litigio entre los siervos de Dios, no menos inclinado á que no se defraudase la intencion de aquellos que eligieron voluntariamente el mas estrecho rigor de la reforma del Cister: y cometida la ejecucion de este dictámen á Nivardo, se portó con tal pulso, que tranquilizó como ángel de paz las reñidas disputas.

Continuaba el ilustre abad en su monasterio ocupado en piadosos ejercicios con el noble objeto de santificarse á sí y á todos sus súbditos; pero habiendo ocurrido la última enfermedad de su hermana Humbelina, religiosa en el monasterio de Julli, manifestó al Señor los deseos que tenia de asistirle en la hora de la muerte. Oyó Dios con agrado la súplica de su siervo, y conducido por los ángeles al de Julli, tuvo el consuelo de asistir á su bienaventurada hermana hasta los últimos alientos, y concluidos los oficios de su funeral, regresó por igual ministerio al de S. Pedro de la Espina. Vacó algun tiempo en sus acostumbradas santas obras; pero conociendo por su debilidad, nacida del rigor de sus penitencias,

que se acercaba el fin, aunque toda su vida habia sido una preparacion continua para la muerte, con todo renovando en aquel último periodo su fervor, hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, entregó su dichosa alma en manos del Criador en el dia 7 de febrero hácia la mitad del siglo XII. Su cuerpo se conserva en grande veneracion en el monasterio de S. Pedro de la Espina, donde se celebra con el título de Confesor, segun nos dicen varios escritores del orden del Cister, que refieren las actas de este ilustre héroe con los elogios que se merece por su admirable vida.

La Misa es en honra de S. Romualdo, y la oracion es la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, que la su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesu-Majestad, para conseguir por cristo, etc.

La Epístola es del cap. 45 del Ecclesiástico.

El justo es amado de Dios, y Reyes, dióle preceptos á vista de los hombres, cuya memoria de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo Santo, y le escogió entre toda la carne. Oyó, pues, su voz; introdujo en la nube á sus enemigos, y amansó á los monstruos con sus palabras. Glorificóle á presencia de los

Reyes, dióle preceptos á vista de su pueblo, y le manifestó su gloria. Por su fe y mansedumbre le hizo Santo, y le escogió entre toda la carne. Oyó, pues, su voz; introdujo en la nube (de su gloria), y le dió públicamente sus preceptos, con la ley de vida y disciplina.

REFLEXIONES.

No se habla en el mundo comunmente de otra cosa sino de todo lo que halaga, lo que brilla, lo que nutre el espíritu mundano, ó por decirlo así, la misma mundanidad. Ser estimado de los grandes: tener amigos poderosos: ser bien recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se estima, esto lo que se admira, esto lo que agrada. La virtud vive como avergonzada en un rincon oscuro. Mete poco ruido, brilla poco, es poco conocida para que los hijos de este siglo la cortejen, ni la alaben. Mientras tanto llega final-

mente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la mundana felicidad : viene la muerte como una pequeña piedra, y á un leve toquecillo da en tierra con esos colosos del orgullo : su soñada felicidad, hasta su misma memoria, todo se acabó con la vida. Respetos, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se enterró con ellos. Por el contrario, aquellas almas puras, inocentes, tan queridas de Dios; aquellos amigos del Esposo Celestial; aquellas personas humildes y mortificadas; aquellos hombres justos, de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco, y otras la compasion del mismo mundo : esos acabaron sus trabajosos dias para comenzar á vivir en la gloria. Su memoria está en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es, que tarde ó temprano, al cabo se paga el tributo que se debe á la virtud. Si en vida se le niega á las personas virtuosas, en la muerte se les restituye cien doblado, y con usuras. Porque al fin ¿quienes son los aplaudidos, los alabados despues de la muerte? Es decir, cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interés tienen parte en los aplausos. Alábase á un S. Luis, á un S. Eduardo, á un S. Enrique : hónrase á un pobre labrador, á un pastor, que amaron á Dios, y fueron amados de Dios; estos son aquellos cuya memoria está en bendicion. ¿Podemos nosotros esperar la misma suerte? ¿Será tan bendita, y tan venerada nuestra memoria? Eso que nos lo diga nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacerse su fortuna, que sabe hacerse Santo. *In fide, et lenitate ipsius, sanctum fecit illum.* El Santo vive de la fe, y la apacibilidad, la suavidad y la dulzura es en parte el carácter de la vida de un hombre justo. La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad; y aun se puede añadir, que tambien de la inocencia. Por tanto no debe causar admiracion, que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los Santos.

El Evangelio es del capitulo 19 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos la dificultad de conseguir los ricos el reino de los cielos, le dijo Simon Pedro : Mira, Señor, como nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido :

¿qué será, pues, de nosotros? En verdad os digo, les respondió Jesus, que vosotros que me seguís, en la resurreccion universal cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su Majestad, os sentareis vosotros

sobre doce sillas, á juzgar las doce tribus de Israel; y todo aquel que por mi nombre dejaré su casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, mujer, ó hijos, ó posesiones, recibirá el premio centuplicado, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuanto importa ser fiel á la gracia; porque la salvacion pende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia se hace sentir, y en que la voz de Dios se hace entender. ¡Qué desgracia hacerte sordo, no estar de humor, ser insensible! *Ecce nos reliquimus omnia* : Veis aquí, Señor, que hemos dejado todas las cosas. A la primera palabra que os oimos, en el mismo momento de vuestra inspiracion, al primer rayo de vuestra divina gracia abandonamos cuanto teniamos. El que dice todo, nada exceptua : barcos, redes, parientes, amigos, todo cuanto mas amábamos en este mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios. En materia de fe, cuando se duda, nada se cree : en punto de conversion, el que delibera, no se convierte. Lo que hace el holocausto es la universalidad, la totalidad de lo que se ofrece en el sacrificio, y esto es lo que verdaderamente agrada al Señor.

¡Desdichado de aquel que no obedece prontamente á la voz del Señor! ¡Desdichado de aquel que reparte su corazon entre Dios y las criaturas! Llámame Dios, y todavia se delibera, se consulta, se pide parecer á la inclinacion, á las pasiones, á la carne y sangre, al amor propio para saber de ellos si se ha de aceptar ó no el partido que Dios nos hace, si se ha de entrar en su servicio. ¿Significan por ventura otra cosa esas irresoluciones, esos deseos ineficaces, ese querer y no querer, esas odiosas indeterminaciones? Háblame Dios en lo interior de mi alma : llámame Dios con voz distinta, y perceptible; ¡y todavia dudo si le obedeceré, si daré oidos á su voz! Ha un mes, ha seis meses, y puede ser haya muchos años, que Dios te está pidiendo el sacrificio, no de tus bienes, ó de tu propia vida (¡y cuando te le pidiera se le debieras negar!) sino el sacrificio de un gusto, de un deleite, de una amistad pernicioso, de esa inclinacioncilla á una frusleria, á una bagatela, á una nada : ¡y con todo eso se le niegas! No te da gana de tener esa condescendencia con tu Dios; ¡no estás de humor de darle ese gusto! Comprende bien la ma-

licia, la ruindad de esta repulsa; la gravedad de esta injuria; la grosería de este agravio. Y con todo eso, ese Dios á quien niegas esa reforma, ese corto sacrificio, esa bagatela, es el mismo de quien esperas cada día nuevas y continuas gracias, es el mismo de quien esperas el perdon de grandes culpas, y aun el perdon de esta misma resistencia, que estás haciendo á sus gracias, y de la grosera desatencion con que cada día le niegas lo que te pide de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradicciones, de impiedad y de injusticia.

¿Cuándo ha de llegar el tiempo, Señor, de que yo abra los ojos para ver mis descaminos, y para espantarme, como debo, de un proceder tan lastimoso, y tan impío, si ahora, si desde este instante no los abro?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no basta romper los lazos, desprender el corazon, dejarlo todo, vencerse en todo. Inútilmente se pondría uno en estado de caminar, si no tiene una buena guía á quien seguir. *Ves aquí, Señor*, dicen los Apóstoles al Salvador, *que hemos dejado todas las cosas, y te seguimos*. Esto es propiamente en lo que consistió su mérito; y parece que en sola esta imitacion fundó Cristo su recompensa. *Vosotros que me seguisteis*, respondió el divino maestro, *¿juzgareis á todas las doce tribus de Israel*. Con efecto, ¿de qué servirá dejar todas las cosas sin seguirle? El desprenderse de todo quita á la verdad los estorbos; pero sin seguir, sin imitar este divino modelo, no se adquiere la virtud.

¿Qué leccion mas importante para las personas religiosas! ¿pero qué desgraciadas serán, si despues de haber hecho pedazos tantas cadenas, despues de tantos y tan costosos sacrificios se hallasen al fin sin haber seguido á Jesucristo! ¿Podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez: Señor, todo lo dejamos por vuestro amor, y os hemos seguido? ¿Mas qué será de los que no pudieren decirlo con verdad!

Hay pocos, aun dentro del mismo mundo, que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo. Ninguno hay que no deba desprender su corazon, á lo menos con el afecto, de todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Cristo: ninguno hay que no deba renunciarse á sí mismo. ¿Y podrán todos los del mundo decir que siguieron á Cristo?

Seguir á Cristo es ser humilde de corazon, inocente, manso, mortificado, caritativo: es llevar su cruz todos los días, es hacerse continua violencia, es domar el amor propio, es sujetar las pasiones, es seguir las máximas y los consejos de Cristo, y es

mirar con horror las máximas del mundo. Aquella persona religiosa tan poco mortificada, tan poco observante, tan poco regular, ¿habrá seguido á Cristo? Aquel hombre del mundo tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan delicado, tan colérico, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella mujer mundana, ocupada todo el día en el tocador y en la vanidad; dedicada á la ociosidad, á las diversiones, al regalo, y al melindre, ¿habrá seguido á Cristo? Aquella otra tan indevota, y tan poco cristiana, ¿sigue á Jesucristo? ¿Y sígole yo mismo?

¡Cosa verdaderamente asombrosa! Todos esperan el premio, siendo así, que son poquíssimos los que cumplen con las condiciones indispensables para merecerle. Cada uno juzga, que tiene derecho para poder decir con los Apóstoles: *Quid igitur nobis dabis premii?* ¿Qué premio nos darás? (*S. Hieronym. lib. 3. in Matth. c. 19.*) Y son muy pocos los que pueden decir con ellos: *Sequuti sumus te*: Señor, te hemos seguido, y todo lo hemos dejado por tu amor. ¿Quién hay que no pretenda salvarse? ¿Quién, que no pretenda estar algún día en la gloria en compañía de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? ¿Pero en qué fundamos esta pretension? ¿En qué esta confianza?

Fúndase, Señor, en vuestros infinitos merecimientos, en vuestra misericordia infinita, en vuestra infinita bondad; pero también sé, que debe fundarse en vuestras palabras, y en vuestros ejemplos. Falsa ha sido hasta aquí esta confianza presuntuosa; pero, dulce Jesús mio, desde este mismo día comenzará á ser verdadera y perfecta, haciéndose racional y cristiana. Es necesario indispensablemente imitaros, y seguiros para tener parte en vuestra recompensa: resuelto estoy á hacerlo desde este mismo punto, mediante vuestra divina gracia, á la cual no quiero ya resistir.

JACULATORIAS. — Llévadme, Señor, hácia vos, para que os siga apresuradamente, corriendo tras el olor de vuestros ejemplos. (*Cant. 1.*)

Si ovéremos en este mismo día la voz del Señor, obedezcámosle sin la menor dilacion. (*Ps. 13.*)

PROPOSITOS.

1 *Los deseos matan á los perezosos*, dice el Sabio; porque no son deseos verdaderos, sino imaginarios. Figúrasele á uno que no quiere lo que conoce ser bueno, y necesario; pero realmente no lo quiere, puesto que no hace la menor diligencia para con-

seguirlo. Mira bien no te suceda lo mismo en esos deseos infructuosos y estériles que sueles sentir cuando lees, ó cuando meditas. Los deseos reales y eficaces nutren el alma, porque son el manantial, la fuente de las buenas obras; pero esos otros deseos imaginarios, y pasajeros la matan; porque entreteniéndola con mil proyectos aéreos de conversión, á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que la pobre se muera de hambre. En este sentido se dice comunmente, que el infierno está poblado de buenos deseos. No te contentes con decir: esto es verdad; esto convence; no hay cosa mas comun. Examina seriamente á qué cosa está pegado tu corazon; y si verdaderamente has renunciado todo lo que posees en el sentido en que lo entiende Jesucristo, y en que indispensablemente pide lo practiquen todos los que quieren ser discípulos suyos; esto es, si te sientes con disposición de sacrificar lo mas precioso, lo mas estimado que tienes en el mundo, antes de ofender á tu Dios. En este particular, como en otros muchos, el corazon engaña á la imaginación: lisonjéase uno con la vana imaginación, de que no tiene apego á ningun bien criado, y en realidad es esclavo de todos. El trabajo que cuesta pagar á esos oficiales, á esos criados: la dificultad que se siente en hacer aquella restitucion, en cumplir con aquellos legados piadosos, en hacer aquellas limosnas, no prueban á la verdad un gran desapego. No quieras engañarte voluntariamente. Haz hoy lo que debieras haber hecho muchos dias ha. Los religiosos están obligados á un gran desasimiento; y en estos no basta por lo comun que sea afectivo, es menester que sea efectivo y real. Reforma desde este mismo dia todo lo que en la hora de la muerte te ha de asustar tu conciencia, y en el dia del juicio ha de servir para instruir tu proceso.

2 Los propósitos han de descender siempre á cosas particulares. No es posible que no haya mil cosillas supérfluas en todo ese tren de casa y de atavíos. Cercena desde hoy mismo algunas alhajas inútiles, ó á lo menos poco necesarias; pues la modestia cristiana te hará conocer, que hay entre ellas no pocas bien supérfluas. No esperes á que un revés de fortuna, á que la edad, ó la muerte te despojen de ellas: haz voluntariamente el sacrificio, que algun dia has de hacer de necesidad. Si llegare hoy la voz de Dios á tus oídos, obedécela fielmente; no quieras endurecer tu corazon, dilatando para otro dia lo que te inspira Dios que hagas hoy: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* ¡Qué dolor tendrán algun dia los que leyeren esto, sin haber sacado fruto alguno!